

City University of New York (CUNY)

CUNY Academic Works

Capstones

Craig Newmark Graduate School of Journalism

Fall 12-14-2018

¿Quién llora a las mujeres invisibles? / Who Mourns The Invisible Women?

Sindy A. Nanclares

Craig Newmark Graduate School of Journalism

Sofía Cerda Campero

Craig Newmark Graduate School

[How does access to this work benefit you? Let us know!](#)

More information about this work at: https://academicworks.cuny.edu/gj_etds/301

Discover additional works at: <https://academicworks.cuny.edu>

This work is made publicly available by the City University of New York (CUNY).

Contact: AcademicWorks@cuny.edu

¿Quién llora a las mujeres invisibles?

Las mujeres transgénero tienen una esperanza de vida de 35 años. La violencia, el maltrato y la falta de oportunidad contribuyen a su muerte temprana. La dignidad para esta comunidad no llega ni siquiera con la muerte.

Por: Sofía Cerda Campero y Sindy Nanclares

El viernes 12 de octubre, el conductor de televisión Raúl de Molina se presentó en Times Square, corazón de Nueva York, para una transmisión en vivo del programa “El gordo y la flaca”, un show de Univision que desde hace más de 20 años reseña lo más importante de la farándula y el entretenimiento: desde los amores de JLo hasta las cirugías de Laura Bozzo. Era una tarde fresca y De Molina, conocido como *El Gordo*, llevaba un traje azul rey con una bufanda de seda; zapatos bien lustrados; el pelo relamido hacia atrás.

No tenía manera de saber que un grupo de doce mujeres, confundidas entre el público curioso de la calle, se preparaba para confrontarlo en televisión nacional.

La diagonal de la Avenida Broadway con la Calle 44 estaba invadida del característico flujo de turistas que se tomaban la foto del recuerdo o entraban y salían de las tiendas. Alrededor de las cámaras, unos cuantos fanáticos del programa y otros curiosos de las luces y el espectáculo, esperaban el comienzo y acaso la posibilidad de que *El Gordo* invitara a alguno a decir unas palabras en televisión.

En la otra acera, la activista trans Liaam Winslet, de chaqueta verde militar, tennis Converse morados y una cola de caballo a medio colocar, susurraba instrucciones a un batallón de sus compañeras. “Guarden las pancartas”. “Tú, llévate a la chica para el otro lado”.

Cuando empezó la transmisión desde el estudio, un grito se escuchó desde las periferias:

“¡Trans!”, gritó Winslet con un puño al aire.

“¡Power!”, le respondieron en eco las manifestantes.

Las cámaras mostraron las pancartas que ellas agitaban mientras seguían gritando al unísono y estaba vez dirigiéndose al presentador del programa: “¡Eres transfóbico!”

De Molina, que suele tener una risa permanente, se puso pálido. Los turistas que paseaban por allí dejaron de tomarse fotos. Los peatones se detuvieron a observar. La producción detuvo la transmisión en vivo y durante quince minutos pasó a comerciales y a los estudios de Miami.

Tres días antes, De Molina y su compañera Lili Estefan, *La Flaca*, habían comentado sobre el aparente suicidio de una activista transgénero de 33 años originaria de Zacatecas, un estado al norte de México cuyo gobierno rechaza los matrimonios igualitarios y la adopción para parejas homosexuales. La activista se llamaba Itzel Aidana Ávila, y había criticado los comentarios de la ex Miss Universo mexicana Lupita Jones. Jones rechazaba que las mujeres transgénero participaran en [certámenes de belleza](#).

“Yo no considero tener nada en común con un transgénero”, había dicho Jones frente a las cámaras de la televisora mexicana TV Azteca.

Itzel Aidana Ávila le respondió por medio de un [video](#) que colgó en su muro de Facebook. “Se necesita muchísimo valor, muchísima fuerza y muchísimo carácter para poder lograr y ser esa persona con la que tú te identificas”, dijo. Tenía el pelo negro y largo, la cara afilada y sin maquillaje. A pesar de que hablaba tranquila, su molestia y hartazgo eran evidentes. “Por comentarios así es que la gente se suicida”. El video parecía una premonición.

Unas horas después de publicarlo, Ávila fue encontrada ahorcada en un domicilio en la comunidad de Plateros, Zacatecas. A pesar de que Juan Manuel Loera, secretario de ayuntamiento en Fresnillo, Zacatecas piensa que, en efecto, se trataba de un suicidio, la investigación oficial permanece abierta. El [reporte policial](#) no consignó que se trataba de una persona trans, como Ávila se identificaba, sino de alguien del sexo masculino.

En su programa, De Molina salió en defensa de Lupita Jones: “Si ese señor o señora, como les digan, se quiso suicidar, no le pueden echar la culpa [a Jones] porque ella [Ávila] tenía un problema que se suicidó. Lupita Jones no tiene por qué pagar por esto”. Lili Estefan, su compañera en la conducción, agregó: “en Estados Unidos, por ley, si naciste Roberto y de momento eres Juanita, sigues siendo Roberto”. Ninguno de los dos reparó en su lenguaje ni para discutir si lo que decían era cierto.

Estefan desinformaba a su audiencia. En Estados Unidos, a excepción de Kansas, Ohio y Tennessee, las [personas transgénero pueden corregir su género en el certificado de nacimiento](#). Esto también incluye a [Puerto Rico](#), que modificó la ley en julio de 2018. Asimismo, desde enero del 2019, las personas de Nueva York podrán escoger identificarse como [género “X”](#), que representa a las personas con género no conforme. Las personas trans, sin embargo, aún no estarán representadas en el censo.

La muerte de Itzel Aidana Ávila fue noticia en la sección de espectáculos de muchos medios en español. “Lupita Jones: una trans se suicida tras comentarios”, El País; “Investigan muerte de transexual que envió mensaje a Lupita Jones”, El Universal; “Mujer transgénero se suicida, pero antes deja mensaje a Lupita Jones”, El Sol de México. Parece un detalle pero encierra un problema de fondo. Las páginas de espectáculos parecen ser el espacio natural para contar la tragedia de una mujer trans, a pesar de que

su caso corresponde más a un tema de salud pública. [Cuatro de cada diez mujeres trans han intentado suicidarse al menos una vez en sus vidas.](#)

Este tipo de noticias, colocadas en la sección de espectáculos, refuerzan los estereotipos de burla sobre las mujeres trans, se las reduce a “un hombre vestido de mujer”, cuando su identidad no depende de la ropa que llevan sino de un conflicto más delicado. Para las personas transgénero la expresión e identidad no va relacionado al sexo con el que nacen, sino al género con que se identifican. [Se puede nacer con sistema reproductivo masculino y ser mujer en identidad.](#) Los hombres y mujeres transexuales, quienes caben dentro del término transgénero, se han sometido a un procedimiento quirúrgico y de hormonas para cambiar su sexo. Por el otro lado, dentro de esta nomenclatura, las personas cisgénero son aquellas cuya identidad de género corresponde a su sexo. Por ejemplo, una persona con útero que se identifica como mujer.

[Una mujer transgénero en Estados Unidos solo vive en promedio 35 años](#), mientras que la [esperanza de vida para una mujer es de 81](#). El estándar es similar al de países africanos como Nigeria y Uganda, donde la esperanza de vida es de las más bajas del mundo. [Allí las mujeres cisgénero viven 55 y 57 años respectivamente](#), pero las trans, igual que en los Estados Unidos, suelen morir a los 35 años. Itzel tenía 33 años cuando la encontraron muerta. Liam Winslet, que encabezaba la protesta contra el programa de Univision tiene 30 años.

Esa tarde en Times Square, las manifestantes le exigían a De Molina respeto y dignidad.

“¡No, no, no, no! ¡No somos infiltradas! ¡Somos las trans, y estamos emputadas!”

Tres hombres estudiaban a Winslet a la distancia. “¿Es un hombre o una mujer?”, preguntó uno señalando a la líder de la protesta. “No sé, yo pensé que era mujer”, contestó otro. El tercero corrigió: “se llaman hermafroditas”. Era una prueba simbólica de cómo la desinformación afecta a esa comunidad.

Cuando la transmisión se reanudó desde Times Square, Raúl de Molina lucía irritado y a la defensiva, y no tuvo otra opción que transmitir la protesta. Abrió espacio al aire para hablar con las manifestantes, sin embargo se rehusaba a aceptar sus declaraciones. Winslet, frustrada con sus respuestas evasivas, se negó a participar en el programa. En su lugar, habló Elizabeth Chávez, de 35 años, quien una hora antes había escrito pancartas. Traía una cola de caballo y una gorra de baseball, vestía con una chaqueta de cuero, estaba enojada y sin temor a demostrarlo.

“Yo no dije ni ‘señor ni señora ni como le quieras llamar’, eso no es cierto”, dijo De Molina defendiéndose. Chávez, sin embargo, se encargó que el público supiera que sí lo dijo y que lo podían encontrar en internet.

“Te quiero decir una cosa”, dijo De Molina enojado. “A ti te querían sacar del programa ahora y yo mandé a pedirte para que dieras tu opinión. Segunda cosa, si dije eso, que no lo dije, te pido perdón”

“¡Transpower! ¡Transpower! ¡Transpower!”, gritaron las manifestantes.

“Dos personas en la televisión no saben de respeto, ¿no saben de leyes básicas?” preguntó Chávez. “Si me ves como mujer soy mujer, si me ves como hombre soy hombre, no soy ‘señor, señora o como me quieran llamar’,” reclamó. “Aceptamos tus disculpas pero no vamos a parar aquí porque tenemos que educar a la gente.”

De Molina, confundido y enojado, se inclinó sobre Elizabeth y con condescendencia reposó su brazo derecho sobre ella para amortiguar la tensión.

“¿Te puedo dar un abrazo?”, preguntó él.

“No”.

Que un personaje de la farándula y una líder de mujeres históricamente marginadas se enfrenten parece no tener mucho sentido. Pero lo trans suele estar relegado al territorio del entretenimiento. Verlas y verlos solo en esos espacios es otra forma de no ver los problemas que los afectan .

“Señoras, gracias por venir”, se despidió De Molina desesperado. Su cara había pasado de un color pálido a un brillante color rojo que revelaba su furia.

[Kelly Stough, una activista trans afroamericana, fue asesinada en Detroit el 7 de diciembre de 2018](#). Tenía 36 años y es la sexta mujer trans asesinada en Palmer Park, la zona donde encontraron su cuerpo, desde el 2014. Tres años antes de morir, [Stough había protestado públicamente por el asesinato de su compañera Amber Monroe](#), quien se dedicaba a la prostitución y murió de un balazo a los 20 años.

En una [nota](#) publicada por el periódico inglés *The Guardian*, Stough respondió a comentarios del coronel de la policía de Detroit, James Craig, quien sugería que la prostitución era un “problema de calidad de vida” que había que solucionar.

“La policía no se percata de nuestras dificultades, entonces no tienen simpatía por nosotras,” dijo. “Nadie se pregunta, ¿qué le pasó a esa persona para llegar allí?”

Los homicidios de mujeres trans están en aumento constante. De acuerdo con las estadísticas del Human Rights Campaign Foundation, [ocho de cada diez personas trans asesinadas son mujeres de color](#). Esto incluye a mujeres afrodescendientes y latinas, ya que no hay registro de mujeres trans asiáticas.

Es difícil cuantificar el número de muertes de personas transgénero ya que en la mayoría de ocasiones, las víctimas son catalogadas dentro del mismo sistema binario (“masculino” o “femenino”) en el que fueron asignados al nacer.

Las personas transgénero y de género no conforme, es decir, que no se identifican con el género femenino o masculino, son invisibles en las estadísticas oficiales de Estados Unidos. El censo no contempla a esta población, pues cataloga a las personas como mujer u hombre, sin considerar el espectro de las identidades.

“Nos están matando” dijo Winslet durante la protesta. “Han matado a 28 mujeres trans y nadie dice nada”.

[El 78 por ciento de los asesinatos a personas trans en el mundo ocurren en América Latina](#), según el proyecto de investigación cualitativa, Trans Murder Monitoring del 2016. Muchas mujeres transgénero latinas emigran a Estados Unidos en busca de libertad y mayores oportunidades. Sin embargo, su situación en este país no siempre mejora y permanecen sujetas a una violencia similar a la que vivieron en sus países de origen: crímenes de odio, acoso policial, marginalización y violencia doméstica. Una amenaza constante a su integridad física y calidad de vida que vulnera, sobre todo, a las mujeres trans de color.

Albert Weathers, un pastor de 46 años en una iglesia de Detroit, fue encontrado culpable por el asesinato de Stough, también identificada por su nombre artístico, Keanna Mattel. Fiscales declararon que presentarán evidencia para mostrar que este [asesinato fue vinculado a la identidad de género de Stough](#).

Lorena Borjas, ex trabajadora sexual de 59 años, es la principal activista transgénero latina de Nueva York. Ha superado la esperanza de vida de una mujer trans por casi el doble, y ahora aprovecha estos años “extras” para ayudar a más de 500 trabajadoras sexuales transgénero a acceder a servicios y tener una práctica segura. “Yo empecé en el año 95 porque la estadística iba creciendo, las mujeres trans iban muriendo, las mujeres trans se seguían infectando”, recuerda Lorena, sin titubeos, moviendo la cabeza y alzando

sus cejas delineadas con lápiz rojo. El rostro de Borjas se ve desgastado y cenizo, tiene dos ojeras profundas bajo sus ojos marrones que revelan las pocas horas que duerme, aproximadamente cuatro por noche.

Estaba parada cruzada de brazos bajo las luces fluorescentes de Evolution, un club nocturno LGBT en la Avenida Roosevelt. Era una noche de marzo y se llevaba a cabo el *outreach*, una iniciativa que Borjas comenzó hace más de veinte años que consiste en repartir condones. Parecía inamovible. Es una mujer grande, de espalda ancha y manos pesadas decoradas con anillos dorados. Siempre cubre su cabeza con algún adorno: una flor para amarrarse el poco pelo que tiene, una boina, un sombrero o una red. Los accesorios son característicos en ella, se cubre el cuello con collares y unos aretes grandes cuelgan de sus orejas como toda una jefa de familia.

Borjas se retiró de la prostitución en el 95 por miedo a ser deportada. Ahora está casada pero vive en el mismo apartamento donde comenzó su vida en la Avenida Roosevelt, donde al percatarse de la falta de servicios para mujeres trans, comenzó a ayudar a trabajadoras sexuales que pasaban por experiencias similares a las de ella.

“Trayéndolas a mi casa, poniéndoles videos de prevención. Yo sigo conectada con ellas”, dijo. Le faltan algunos dientes.

Al apartamento lo llama ‘la caja de cerillos’ por su pequeño tamaño. Aún así, Borjas permanece ahí, en el espacio donde llegaron a dormir más de 10 mujeres trans al mismo tiempo y ahora sólo comparte con su marido y un perico escandaloso.

Originaria de Guerrero, un estado al sur de México, huyó de su país en 1981 con un objetivo: encontrar libertad para ser quien es.

“En México me tenía que conformar con ser travesti”, dijo, “ni siquiera sabía que había una palabra para mujeres como yo, mujeres transgénero. Me vestía como mujer pero mi cuerpo aún era de hombre, me llamaban ‘Lucha’, no fue hasta que llegué a Nueva York que pude comenzar mi transición ser Lorena, mi nombre real”

Con la transición también vinieron años de trabajo sexual en la Avenida Roosevelt, sufriendo violencia, adicciones y falta de acceso a servicios. “Me llegaban hombres con olores horribles porque muchos clientes no se bañan, entonces ¿qué hacía yo? Me refugiaba en el alcohol. Era mejor oler droga o alcohol que el sobaco de un hombre sudado”.

En 1995, Borjas recibió amenazas de deportación por hacer trabajo sexual, su situación en Estados Unidos se volvió delicada. Al percatarse de la falta de servicios para su

comunidad, Borjas buscó ayuda en grupos de apoyo legales como Urban Justice Center. Ingresó a rehabilitación de sustancias y comenzó a ayudar a compañeras trabajadoras sexuales para poder acceder a servicios: tratamientos para transición, cambio de nombre, status legal, ayuda psicológica y sobre todo mostrándoles prácticas para tener un sexo seguro.

Ahora, un grupo de voluntarias del colectivo TRANSgrediendo, fundado por Borjas en el 2015, repartía condones y realizaba pruebas gratuitas de VIH, hacen esto cada dos semanas como una extensión del trabajo que comenzó Borjas.

“Condomes gratis”, dijo Winslet con un timbre de voz alto, vestida con jeans, una camiseta roja, un gabán gris y tenis Converse color rosa. Lo repitió en inglés con un fuerte acento: “Free condoms”.

En el caso de las mujeres transgénero que huyen de la violencia machista en países de América Latina, la avenida Roosevelt- el corazón comercial de los barrios inmigrantes latinos Woodside, Jackson Heights y Corona en Queens- es el eje central de sus nuevas vidas en Nueva York. En el día, ellas finalmente pueden salir a la calle en tacones sin el repudio visible que ponía en riesgo sus vidas en sus pueblos de origen.

En las noches, en los callejones entre las calles 75 y 111, se vuelcan al trabajo sexual al no encontrar otras oportunidades: los trabajos no quieren contratar a mujeres trans, mucho menos si encima de eso son indocumentadas y de color.

1.6 por ciento de translatinas viven con VIH, de acuerdo con los participantes de la [Encuesta Estadounidense Trans del 2013](#). Esto es cinco veces más que la tasa de infección en la población total, con un 0.3 por ciento. De estas, 80 por ciento son afrodescendientes y latinas.

“Ellas para mí significan valores”, dijo Borjas orgullosa mientras las veía. El colectivo fue fundado gracias al apoyo de alianzas con organizaciones que ella misma logró. Estas incluyen International Trans Fund, Fund for Trans Generations y Stonewall Community Foundation entre otras.

Con los años Winslet se ha convertido en la mano derecha de Borjas. Es a ella a quien ha confiado la lucha por la dignidad de la comunidad.

Liaam Winslet no usa maquillaje. Tiene la piel morena y el pelo negro, largo y pesado. Lo lleva suelto cuando el día inicia y lo ata conforme pasan las horas. Tanto pelo le da demasiado calor. Tiene los ojos grandes y marrones, enmarcados por pestañas largas que miran hacia abajo. La escasez de líneas de expresión en su rostro no delatan sus 30 años de edad. Cinco menos que la edad promedio en que muere una mujer trans.

Su cuarto en Hillside, Queens, huele a mandarina y tiene las paredes pintadas de turquesa. Es amplio, iluminado y en orden. La cama, tamaño queen, está tendida y decorada con cojines de emojis sonrientes y peluches.

Al lado de la cama hay una repisa adornada con pequeños focos de colores y objetos que ha coleccionado de sus diferentes viajes en 15 años de activismo: un hipopótamo de Sudáfrica, unos alebrijes de México, una botella de Johnny Walker Etiqueta Negra envuelta en un listón amarillo, azul y rojo, los colores de la bandera de su natal Ecuador. Parece el cuarto de una adolescente.

“Yo desde que tengo uso de razón me he identificado como una nena”, dijo Winslet, con naturalidad, sin detenerse a pensarlo.

Sin embargo, desde los 12 años tuvo muy claro que, aunque se sintiera mujer, en Ecuador jamás podría verse como una. “No podría ser una mujer trans en mi barrio cuando mis vecinos eran violentos, no iba a pasar de los tres días que me hubiesen matado”.

Cuando Winslet vivía en Ecuador, su madre la culpaba de que su padre las hubiera abandonado porque ella era un “maricón de mierda”; al fin y al cabo, su padre había sido contundente: “prefería tener un hijo ladrón o drogadicto que un hijo maricón”.

“Lo típico, ¿no?”, preguntó Winslet.

Dejó su país a los 24 años, escapando de los prejuicios culturales dominados por el machismo y complejos morales que amenazaban con quitarle la vida.

En el año 2015, 1473 personas transgénero latinas fueron encuestadas por [The U.S. Transgender Survey](#), y casi la mitad dijo que había sufrido alguna forma rechazo familiar: dejaron de hablarles, no las permitieron llevar la ropa que identificaba a su género, las corrieron de sus casas o todas las anteriores.

Cuando Winslet tenía 12 años, un grupo de personas fue a hablar a su colegio acerca de los derechos sexuales y reproductivos. En aquel tiempo remoto Winslet se sentía un hombre gay, y asumió que su identidad de género era un pase que permitía la burla ajena.

Por primera vez escuchó que el abuso físico y mental al que la sometían sus padres, compañeros de la escuela y profesores no eran su culpa.

Comenzó a ser voluntaria en una organización LGBTQ de Guayaquil, repartía condones y volantes de información a mujeres trans, les hacía pruebas de VIH y hacía acompañamiento emocional cuando los resultados eran positivos.

A los 12 también dejó su hogar por primera vez y comenzó un vaivén económico. De tanto escuchar del dinero fácil que hacían las mujeres trans, vio una oportunidad de recibir el ingreso que el voluntariado no le daba. Hizo su primer trabajo sexual a los 15 años.

“El sentirme sola; el saber que a veces no tenía cómo pagar mi pasaje”, dijo, tras años de lidiar con la culpa del estigma adherido al trabajo sexual. “Tienes que jugártela. Es lo que te tocó”.

Y fue lo que le tocó por dos años más cuando llegó hace siete años, a sus 23, a los Estados Unidos.

Abordó un avión para asistir a un congreso trans en Filadelfia, sabiendo que no regresaría. Dejaba atrás el acoso de un miembro de una pandilla quien amenazaba con matarla por respaldar en grupos de apoyo a trabajadoras sexuales jóvenes trans. Él le decía que “le estaba fregando el trabajo, que las putas tienen que darle [dinero] porque para eso son putas”.

Se embarcaba con la visión fija de hacer su transición de género fuera de Ecuador. Ya había investigado lugares para recibir tratamiento de hormonas y apoyo en el proceso.

En Filadelfia conoció a Lorena Borjas, la matriarca de la comunidad translatina en Nueva York quien, al igual que Winslet, conocía bien los rechazos que vienen con ser una mujer inmigrante transgénero. Lorena le ofreció ayuda, aún así, durante su primer año en Nueva York, Winslet se dedicó al trabajo sexual ya era la única forma que podía pagar las cuentas. “Lo hacemos por sobrevivencia”, dijo.

Ambas son parte de las [17.300 mujeres trans latinas](#) que residen oficialmente en el estado de Nueva York.

Las mujeres trans representan un 52 por ciento de los latinos LGTBQ que recurren al trabajo sexual en los Estados Unidos, según la [Encuesta Estadounidense Trans del 2015](#).

Dos años después de llegar a Nueva York, Winslet comenzó a apoyar a Lorena ayudando a la comunidad. “Yo no tuve a nadie que me ayude como yo lo hago porque yo lo entiendo”, dijo Winslet, “pero a veces el trabajo de activista es cansado, porque no tenemos vida, dedicamos la mayor parte de nuestra vida a ayudar.”

Winslet casi nunca invita a nadie a su cuarto, para ella es un espacio independiente al trabajo, un espacio íntimo. “Aprendí a tener muy distanciada mi vida privada de mi trabajo, hasta ahora sólo han venido dos amigas”.

En la repisa al lado de la cabecera de su cama hay libros: *Cómo mandar a la gente al carajo* de César Landaeta; *El niño homosexual en la escuela primaria y en la Biblia* de Jorge Orlando López; y su favorito, *El diario de Anna Frank*. Cuando fue a Holanda visitó la casa, “es horrible, todavía puedes ver los juguetes de los niños”, dijo recordando.

“Despertarme todos los días y saber que saldré de mi casa y que probablemente un día no pueda llegar, o saber que alguna compañera mía esté viviendo situaciones difíciles... es duro”, confesó Winslet, sostenía las lágrimas con un respiro hondo.

Una semana antes de la manifestación, Winslet estaba en Houston participando como ponente en la conferencia Gender Infinity en la Universidad de Houston. Había sido invitada por Anaandrea Molina, una de las únicas activistas trans latinas en Texas, para hablar sobre el trabajo sexual como herramienta de sobrevivencia.

Molina es originaria de Matamoros, México. Habla con dureza, su voz ronca y firme no se quiebra a pesar de todo lo que ha sufrido. Lleva el pelo largo y liso, teñido de rubio a excepción de unas raíces negras que no ha tenido de tiempo de retocar en meses. Las cejas, los párpados y los labios están permanentemente delineados con un lápiz. Su mirada es firme. Si los ojos expresan sentimientos, los de Molina tienen una coraza imposible de traspasar.

Tiene un tatuaje de una flor en la nalga derecha que cubre una bala que le dejaron sus andanzas. Sobrevivió un suicidio. Sobrevivió las drogas y el alcohol. La intentaron matar. La resistencia es el legado que quiere dejar a las nuevas generaciones de personas transgénero. A sus 40 años cuenta que vivió el infierno en México y salió corriendo de él hace más de 20 años.

“Ya tengo 40. Se chingaron, ya no entré a la estadística”, dijo Molina golpeando sus palabras. Frunció el ceño y miró de reojo. Dice siempre estar enojada. “La gente me ve y

me dice ‘¿estás molesta?’ sí pero no contigo, con la vida. Ya soy así porque la vida me hizo así”.

Sus pasos retumban por los pasillos de Casa Anaandrea, el refugio en el que le da hogar transicional a otras mujeres trans migrantes o en situación de calle.

Casa Anaandrea tiene la fachada pintada de verde oliva con tejas blancas y un jardín con rosas en frente. Está en una zona residencial arbolada cerca de la Universidad de Houston. Por fuera la casa pasa desapercibida, es como cualquier otra de la zona.

Por dentro todo cambia. Los cuartos son oscuros y desordenados, hay ropa y adornos en los muebles. Los baños están sucios, repletos de contenedores vacíos de productos de belleza. Tres perros blancos y peludos deambulan por la casa en busca de que alguien juegue con ellos, ladran insistentes a la menor provocación, Molina los llama ‘las locas’, como apoda cariñosamente a quienes quiere.

El entrar y salir de gente es parte de la rutina en Casa Anaandrea. Ella se ha encargado de poner un techo sobre quienes lo necesitan: mujeres que acaban de salir de Centros de Detención de ICE; mujeres que han corrido de sus casa; refugiadas del huracán Harvey. Puede asegurar un lugar donde dormir y un plato de comida para quien lo necesite.

Bridgid ha estado un par de meses en Casa Anaandrea. Estuvo en un centro de detención de ICE a principios de este año donde la apodaban ‘la niña’. Dice que su estancia fue mucho mejor en cuanto los hombres, porque a pesar de ser mujer trans estaba recluida con los hombres, se dieron cuenta de que tenía poderes: sabe leer las cartas, es sanadora. Bridgid, cuyos padres son inmigrantes guatemaltecos en México, es una mujer pequeña, de piel morena y ojos rasgados y negros. No se siente cómoda usando maquillaje ni vestidos, le gusta vestirse como siempre lo ha hecho.

Su labor en Casa Anaandrea es cocinar. La mañana después de la conferencia hacía empanadas de queso con salsa de chile habanero. Aprendió a hacerlas en Playa del Carmen, ciudad de la que tuvo que escapar por amenazas de muerte. Ahora espera que la concedan asilo político.

“Ay ñañita esto pica”, dijo Winslet con ojos llorosos. Tomó un vaso de agua y lo fondeó de unos cuantos tragos. Winslet, Molina y Ruby Corado, activista trans latina en Washington DC, estaban sentadas en el comedor de Casa Anaandrea, platicaban de experiencias pasadas, de miedos, de cosas que les gustaría lograr.

Anandrea está harta de llorar las muertes trans.

“Ya no lo voy a llorar, estoy cansada de llorar porque aunque no las conozca esa pude haber sido yo”. Su mirada áspera comenzó a reflejar tristeza. Cambió su tono de voz a uno más reflexivo, más triste, más asustado. Está harta de todos los días agradecer que sigue con vida. Sentada frente a su escritorio con los brazos cruzados comenzó a acelerar sus palabras. “Estar en las calles, ir a una reunión, ir a visitar a alguien, me ponía en peligro por mis identidades, por quien soy y por quién reflejo. Y eso me hace encabronar ¿por qué tendría yo que estarle dando gracias todo el tiempo a alguien por permitirme un día más de vida? ¿eso sucede con toda la gente? No lo creo”

Elizabeth Chávez traía 28 fotos en la mano. Había pasado más de un mes desde la protesta. Estaba parada en un triángulo de concreto en la Avenida Roosevelt. Tal y como lo había hecho delante de las cámaras en el incidente de “El gordo y la flaca”, una vez más, tomó el micrófono. “Voy a leer los nombres de nuestras compañeras que perdimos este año. Quiero que cuando los lea gritemos ‘presente’”, dijo. Alrededor de ella más de 40 mujeres transgénero cargaban cruces con los nombres de las difuntas. 28 cruces para 28 muertas.

“Vamos a decir presente porque ellas están aquí, en cada una de nosotras. Porque este camino que ellas recorrieron lo estamos recorriendo nosotras también. Cuando yo diga sus nombres gritamos presente con el puño en alto.”

Tonya Harvey. Viccky Gutiérrez. Sasha Wall. Cathalina Christina James.

Era 20 de noviembre y se conmemoraba el Día Internacional de la Memoria Transgénero, donde se recuerda a las personas trans que han muerto por crímenes de odio. Corrientes de viento congelado se colaban por las calles hasta llegar a el triángulo Manuel de Dios Unanue, en la Avenida Roosevelt y Baxter.

Ahí, bajo una carpa color naranja chillante, mujeres trans; miembros de la comunidad LGBTQ; trabajadoras sociales y activistas, se unieron para conmemorar las muertes trans. Las 28 muertes que van de este año, 29 del año pasado, 23 del 2016.

Londonn Moore. Ciara Minaj Carter Fraizer. Vanessa Campos. Shantee Tucker.

Minutos antes había tomado el micrófono la activista trans, Cecilia Gentili. Apretaba una rosa blanca contra su cuerpo, al tiempo que decía “La realidad de una mujer transgénero latina es que vivimos entre 33 y 35 años”. Le temblaban las manos, le temblaba la voz.

“O sea que qué lindo, qué lindo ponerme vieja, porque muchas de mis amigas no han podido”, continuó.

Karla Patricia Flores Pavón. Keisha Wells. Dejanay Stanton. Roxana Hernández.

Gentili vestía con un largo abrigo negro y un listón blanco de luto adherido al pecho. Esa noche se sentía la llegada del invierno. Con una sonrisa aguada volteó a ver a su público, la escuchaban con un nudo en la garganta.

Sasha Garden. Jessenia Paparazzi. Vanessa Campos. Vontashia Bell

Algunas se tomaban del brazo, otras sólo miraban hacia abajo, dando pequeños sorbos al café de Dunkin Donuts que ofrecían en una mesa trasera. Todas, sin embargo, se veían agobiada mientras Gentili comentaba cómo no ha logrado despedirse de muchas de sus amigas trans en Argentina, donde [hubo 48 asesinatos trans entre el 2008 y el 2016](#) . Una consola al fondo tocaba melodías tristes de rock cristiano. Era una noche de luto.

“Lamentablemente la gente nos odia”, dijo Gentili subiendo de tono, “y la gente que nos odia nos va a odiar jóvenes o viejas; con pelo o peladas; con barba o sin barba, como seamos. Así que es tiempo de que todas dejemos de esas *pavadas* de mirarnos una a la otra y de criticarnos, todas somos una y todas tenemos que ser una”.

La transfobia es el término utilizado para la gente que discrimina, tiene miedo y rechaza a las personas transgénero. Esto normalmente conlleva a actitudes violentas y discriminatorias. [La policía del 14º distrito congresional de Nueva York, es decir, la Avenida Roosevelt ha sido notoria por conductas transfóbicas hacia las trabajadoras sexuales transgénero latinas.](#)

El 6 de noviembre Alexandria Ocasio-Cortez fue elegida para el Congreso de los Estados Unidos como representante del 14º distrito congresional de Nueva York. Unas semanas antes, Ocasio-Cortez, cuyo triunfo se veía venir, conversó con Borjas, Winslet y otras representantes de la comunidad transgénero latina de Queens a propósito de la violencia que han experimentado, sobre todo con la policía. Por primera vez una representante política de su distrito las escuchaba.

En un salón en Jackson Heights, a unas cuadras de la oficina de Ocasio-Cortez, donde se llevan acabo eventos desde fiestas de XV años a mítines políticos, las mujeres platicaron, por medio de un traductor, sobre su experiencia con el acoso policial. Entre entre lágrimas narraban las experiencias que han tenido: insultos, golpes, empujones, arrestos injustificados. A más de una de ellas las han puesto en cuartos con hombres en lugar de mujeres.

Al final de la reunión Ocasio-Cortez con su diminuto tamaño de 1.50, vestida con grandes gafas y un saco que le quedaba grande, abrazó a Borjas y a Winslet, agradeciéndoles por compartir su experiencia. Ese día, Borjas y Winslet, de espalda ancha y una altura cerca del 1.80, cuya voz ha sido repetidamente silenciada, posaron junto a quien sería pronto la mujer más poderosa de Queens. Los próximos años determinarán si al fin habrá una agenda para personas transgénero en la ciudad de Nueva York.

*Christa Leigh Steele-Knudslai. Celine Walker. Nikki Enriquez. Zakira Fry, **Kelly Stough.***

A lo lejos, Lorena Borjas, vestida de rojo cereza con sus característicos aretes largos, observaba la escena. Tomaba del brazo a sus compañeras, quienes acurrucaban su cabeza contra su hombro mientras escuchaban los discursos. Borjas, la inquebrantable matriarca de la comunidad, por primera vez se veía indefensa y vulnerable.

Hace un año, el 27 de diciembre del 2017, [Lorena Borjas recibió, junto con otros 18 inmigrantes, un perdón del gobernador de Nueva York, Andrew Cuomo por su trabajo social.](#) Esto le garantiza una Green Card permanente con su nombre femenino y la oportunidad de salir de el país.

“Estos neoyorquinos han probado su rehabilitación, en ocasiones por décadas, pero no habían podido obtener un estatus legal debido a un estigma de convicción”, dijo Cuomo en una conferencia de prensa.

Ese día, sin embargo, este logro no parecía ser suficiente para responder a lo que realmente se necesitaba.

Winslet tomó el micrófono. Tenía su cola de caballo de lado a medio hacer y la misma chaqueta verde militar que había usado para la manifestación. Esta vez, sin embargo, llevaba un listón blanco de luto en el lado izquierdo del pecho.

“Yo tengo un lema que me gusta siempre dejarlo en claro”, dijo. Miró hacia el piso y sonrió con pena. “Yo lo grito y ustedes lo repiten”.

Borjas se paró al lado de Winslet y puso su brazo derecho sobre su hombro. Hizo un puño con el brazo izquierdo.

Todas corearon:

“¡No, no, no! ¡No somos infiltradas! ¡Somos las trans, y estamos emputadas!”